



*Homilía – 19º Domingo del Tiempo Ordinario (A)<sup>i</sup>  
Congreso del Señor de la Divina Misericordia*

*Monseñor José H. Gomez  
Arzobispo de Los Angeles*

*Los Angeles Convention Center  
Los Angeles, California  
7 de Agosto de 2011*

¡Queridos hermanos y hermanas en Cristo!

Es una alegría para mí presidir esta Santa Eucaristía. Les agradezco esta tarde por su fe en la tierna misericordia de nuestro Dios. Y doy gracias por todo lo que están haciendo en sus vidas para ser apóstoles de su Divina Misericordia.

¡Qué hermosas lecturas hemos escuchado de la Palabra de Dios!

La lección de estas lecturas es la lección contenida en la pequeña oración de Santa Faustina: “¡Jesús, en ti confío!” ¡Estas lecturas nos alientan a crecer en nuestra relación de fe y confianza en Jesucristo!

En el discipulado, cada uno de nosotros es como Elías en la primera lectura y como los apóstoles en el Evangelio de esta tarde.

Nuestra fe nos llega como un regalo y como un llamado que Dios nos hace a cada uno.

Al igual que los apóstoles, somos enviados a navegar a través del mar de esta vida en el barco de su Iglesia Católica. Todos somos llamados a adorar a Jesucristo y a dar testimonio en nuestras vidas de que Él es verdaderamente el Hijo de Dios.

Así como Elías y los apóstoles, cada uno de nosotros se enfrenta a pruebas y tormentas en el camino del discipulado. Pero Dios, quien nos invita a ir hacia Él, no nos deja solos en nuestras dificultades.

Esta es la lección que Elías y los apóstoles aprenden. Y esta es la lección sobre la que somos invitados a reflexionar esta noche.

Nuestro Señor siempre pasa. Estamos siempre en su presencia, pero algunas veces, se nos hace difícil tratar de encontrarlo o reconocerlo.

Al igual que los apóstoles en el Evangelio, podemos quedarnos paralizados por nuestros miedos. ¡Están tan asustados que piensan que Jesús es un fantasma! O como Elías, podemos perder de vista a Dios en todo el “ruido” y la confusión de nuestro mundo.

Elías se enfrentó a un viento que es tan fuerte que partía las montañas y rompía las rocas en pedazos.

Ahora, para comprender esta lectura, necesitamos recordar que en la Biblia, cuando Moisés subió al Monte Sinaí para sellar la alianza de Israel con Dios, hubo también una gran tormenta. La montaña se estremeció y ardió en llamas, ¡y Moisés escuchó la voz de Dios como un toque de trompeta que se hacía cada vez más fuerte!<sup>ii</sup>

En la lectura de hoy, Elías está en la misma montaña en la que estuvo Moisés.

Esto sucede porque Dios quiere revelar qué clase de relación desea tener con su pueblo, el de alianza— que somos cada uno de nosotros.

Dios quiere mostrarnos que sí, Él es el Señor del universo, que Él puede hacer que las montañas se desmoronen y que Él tiene poder sobre todas las fuerzas de la naturaleza.

Sin embargo, Dios no se revela a Elías en el viento fuerte, ni en el temblor, ni en el fuego.

Dios quiere que sepamos que Él llama a su pueblo a una relación nueva, más íntima con Él.

Dios le habla a Elías personalmente, como a un amigo. Dios viene a Elías como una “voz suave y apacible.”

¡Esta es la hermosa realidad de la vida cristiana! Dios se dirige a nosotros como un Padre misericordioso. Él nos habla con dulzura y con gran compasión.

Esta es la razón por la cual San Pablo está tan angustiado en la segunda lectura. Porque la gente no aprecia este gran regalo: ¡esta relación que tenemos como hijos de Dios!

Mis amigos, esto nos recuerda que siempre debemos dar gracias por el regalo de nuestra fe cristiana. Tenemos que luchar siempre por crecer en nuestra relación con Dios.

Y debemos recordar que es en el silencio donde encontramos a Dios en nuestras vidas.

La beata Madre Teresa de Calcuta dijo: “Dios es el amigo del silencio.” Ella dijo que todo en la naturaleza crece en silencio— las flores y el césped, las plantas y los animales. Y esto es verdad también para el crecimiento en nuestra relación con Dios.<sup>iii</sup>

Hermanos y hermanas, ¡hagan espacio para el silencio en sus vidas! Tómense un tiempo cada día para alejarse de la agitación de sus actividades. Hagan un espacio en el silencio de sus corazones donde Jesús pueda hablarles, y donde ustedes le puedan hablar.

Esto les va ayudar a crecer en su amistad con Dios. El silencio les va a dar la disposición para escuchar y hablar con Él en una constante conversación de fe, que los acompañará a lo largo de la vida, confiando en su amor.

Y cuando las tentaciones y pruebas vengan, tendrán el consuelo de la presencia y la cercanía de Dios en sus vidas.

Los vientos y las olas contrarias de nuestra cultura secularista y materialista siempre nos golpearán. Podemos asustarnos por la oscuridad moral de nuestro mundo. Podemos ser sacudidos por nuestras pasiones y debilidades.

Pero el Evangelio de hoy nos asegura que Jesús siempre está con nosotros, listo para darnos su mano y ayudarnos.

El Señor va donde sus apóstoles caminando sobre las aguas con el fin de mostrarles que Él es Dios. Porque en la Biblia, sólo Dios camina sobre el mar y calma las aguas turbulentas.<sup>iv</sup>

San Pedro es el primer apóstol en darse cuenta de las implicaciones de lo que Jesús le está mostrando. Él dice: “Señor, si realmente eres tú...”

Pedro descubre que si realmente creemos, Jesús nos va a dar la gracia, el poder divino y la fuerza para hacer aquello que nunca podríamos hacer en nuestras debilidad humana.

Si tenemos fe, Él nos dará el valor para responder cuando nos llame y diga “¡Ven!” como lo hizo con Pedro. Si realmente tenemos fe, podemos caminar sobre las aguas, o mover montañas. ¡Todo es posible para aquellos que creen en Él!<sup>v</sup>

Hoy, San Pedro es un ejemplo para cada uno de nosotros. Como él, cada uno de nosotros tiene fe; pero también como él, necesitamos acrecentar nuestra fe y confianza en Dios.

Pedro estaba bien mientras mantuvo la mirada fija en Jesús y siguió caminando hacia Él. Pero cuando miró a otro lado y pensó en sus limitaciones humanas y en la tormenta a su alrededor, fue cuando empezó a hundirse.

El gritó: “¡Señor, sálvame!” Y Jesús extendió su mano y lo cogió.

Hermanos y hermanas, Jesucristo siempre nos escuchará cuando lo llamemos. Incluso cuando nuestra fe es débil, en los momentos de dificultades, la mano de Cristo estará allí para cogernos. ¡Nunca dudemos de su misericordia!

Al continuar con nuestra celebración Eucarística, pidamos la gracia para adorar a Jesucristo como hicieron los apóstoles en el barco en esa noche tormentosa.

Acudamos a nuestra Madre Santísima, pidámosle a ella que nos obtenga el valor que necesitamos para confiar en Jesús más plenamente, para que así podamos navegar en las tormentosas aguas de nuestra cultura y conducir a nuestros hermanos y hermanas hacia las orillas de la vida eterna.

---

<sup>i</sup> Readings: 1 Kings 19:9a, 11–13a; Ps. 95:9–14; Rom. 9:1–5; Matt. 14:22–33.

<sup>ii</sup> Exod. 19:17–19; Deut. 4:10–15.

<sup>iii</sup> *Seeking the Heart of God: Reflections on Prayer* (Harper San Francisco, 1993), 40–42.

<sup>iv</sup> Job 9:8; Ps. 89:9–10.

<sup>v</sup> Matt. 17:20; Mark 9:23.